

HAY UN MUNDO ALLÁ AFUERA. REFLEXIONES SOBRE ALGUNAS AUSENCIAS EN LA FORMACIÓN PROFESIONAL DE HISTORIADORES*

GABRIEL DI MEGLIO**
gabrieldimeglio@gmail.com

Resumen:

El artículo aboga por considerar a la divulgación como la tercera rama disciplinar de la historia, junto a la investigación y la docencia. Tiene una utilidad social y es a la vez una salida laboral para los historiadores. Su importancia requiere que se la incorpore en la formación universitaria de historia, desechando jerarquías profesionales habitualmente no explicitadas y brindando saberes técnicos específicos.

Palabras claves: Historia – investigación – científicos – docencia.

Abstract:

This article considers popular appeal as the third alternative within history, after research and teaching. Popular appeal is functional for society as well as being a good working option for historians. Because of this relevance it should be added to the university curricula, leaving out professional hierarchies which are not usually specified, providing the necessary technical abilities.

Keywords: History – research – scientists – teaching.

* Fecha de recepción del artículo: 29/09/16. Fecha de aprobación: 14/10/16

** CONICET-UBA-UNSAM. Actualmente es director del Museo Histórico Nacional del Cabildo de Buenos Aires y de la Revolución de Mayo.

Las carreras universitarias de historia en Argentina, creo que casi sin excepción, están orientadas a una doble formación: la de docentes e investigadores. No obstante los saberes compartidos, ambos perfiles no son sencillos de combinar. La educación de docentes, en particular para la escuela media, implica bastante universalidad en los contenidos, al tiempo que la investigación historiográfica está cada vez más volcada a la especialización. En un punto la inevitable tensión —que la es también en ciertas ocasiones por cantidad de materias y por recursos— tiene algo provechoso: hace que alguien formado en historia posea cierta ductilidad al concluir un grado, que además suele ser largo. Luego tendrá que profundizar su entrenamiento en un área u otra en posgrados y en el fundamental campo de la práctica.

Ahora bien, existe una tercera pata de la disciplina a las que las carreras universitarias de historia prácticamente no tienen en cuenta: el amplio y heterogéneo universo de la llamada divulgación, que es muy importante por dos razones. Primero, porque existen demandas sociales de historia que muchas veces son cubiertas por historiadores sin formación académica, con lo cual más allá de la diversa calidad de sus producciones en general no abrevan en los grandes aportes que la historiografía argentina ha realizado en el período posterior a la última dictadura. No es ninguna novedad decir que hay una distancia grande entre la producción historiográfica con estándares “científicos” y el interés por contenidos históricos de quienes no están involucrados en ella. Es cierto que indirectamente algunas innovaciones van permeando, sobre todo en la formación docente y por lo tanto a través del decisivo sistema educativo, pero no alcanza a la población adulta no escolarizada, posiblemente la mayor consumidora de “divulgación histórica” (es habitual que mucha gente descubra un interés por la historia bastante después de haber terminado su paso por la educación formal). Sólo en años recientes las nuevas formas de mirar el pasado y las temáticas históricas no tradicionales para la agenda pública —escolar, política, mediática— han empezado a circular fuera de los claustros, por esfuerzos individuales o grupales pero más raramente institucionales.

En segundo lugar, las variadas formas de la divulgación constituyen una salida laboral destacada para los egresados de historia. No hay estadísticas al respecto y muchas veces las ocupaciones no se dan en modo “puro”, sino que alguien puede combinar tareas docentes o de investigación con otras de divulgación, pero son uno de los modos en que los historiadores se ganan la vida. Su lógica es distinta a la de las otras ramas disciplinares ya que no está institucionalizada y suele seguir las normas del cuentapropismo: monotributo y no empleo en relación de dependencia, proyectos de tiempo limitado, gran variabilidad y por lo tanto inestabilidad. De cualquier manera, no deja de ser una parte significativa del trabajo de los historiadores. Y por lo tanto requiere ser incorporada en la formación.

Esa necesidad se hace más acuciante en la coyuntura presente. Desde el Estado las señales hacia el campo historiográfico son preocupantes en 2016: el ajuste en el presupuesto científico —al momento de escribir estas páginas no es todavía claro el alcance del recorte— implica que la reducción de recursos, con la cual además habrá que hacer frente al aumento salarial en un contexto inflacionario, llevará a una disminución en la oferta de plazas por parte de quien ha sido el mayor empleador de investigadores en el siglo XXI, el CONICET; tal vez no en becas pero con seguridad en la carrera del investigador. Ello quizás haga que las universidades replanteen el abandono que muchas hicieron de la incorporación de docentes-investigadores con dedicación exclusiva a sus planteles, descargando en el CONICET buena parte del sostén de la investigación. Hace un tiempo circulaba una anécdota, posiblemente apócrifa, que atribuía a un funcionario haber dicho “¿para qué queremos un medievalista en CONICET?”. Ante un eventual giro tecnicista o el riesgo de que se quiera delegar en los privados una parte importante de la financiación de la investigación, una posición como esa sería grave para los historiadores; en cambio una universidad puede argumentar sin problemas por qué necesita formar y emplear especialistas en historia medieval europea (reconozco que esta prevención es ir demasiado lejos aún, pero no es ocioso tenerla en cuenta).

Al mismo tiempo, la enseñanza media —a la que muchos se volcarán, generando niveles de frustración en quienes apostaron a la otra posibilidad y vieron que compañeros más grandes pudieron integrarse a la investiga-

ción, pero ahora tendrán un acceso mucho mucho limitado— también está más indirectamente amenazada. El elenco político que hoy gobierna el país presentó en 2014 en la Ciudad de Buenos Aires un proyecto, que fue resistida por los docentes, para quitar horas de historia en la secundaria y dedicárselas a otras capacidades. Se evidencia ahí una mirada anti-histórica propia de una moda ideológica: el estudio del pasado conduciría al estancamiento o a quedar presos de duras doctrinas conflictivistas, mientras que una apuesta al futuro debería liberarse de tal lastre. Se convoca a mirar para adelante, nunca para atrás. Es decir, una posición hostil hacia la utilidad de nuestra disciplina.

En ese contexto adverso —y más allá de la disputa por el presupuesto que sin duda encarará la comunidad científica y universitaria— es aún mayor la necesidad de otorgar más herramientas a los historiadores para afrontar el mercado laboral, teniendo en cuenta que en Argentina hay un interés medianamente alto por la historia en porciones grandes de la población, más allá de lo que haga el Estado.

¿Cuáles son los campos “allá afuera” del sistema educativo y del científico formal que pueden emplear a nuestros graduados? Hace mucho que los historiadores escriben libros de textos escolares para distintas editoriales, se dedican al periodismo gráfico, realizan recorridos históricos para turistas en ciudades y áreas rurales, dan charlas y talleres en empresas y en sindicatos, escriben y conducen programas de televisión, están a cargo o hacen columnas en programas de radio, se emplean en archivos y en bibliotecas, participan en equipos que diseñan video juegos u aplicaciones para celulares, se suman al servicio diplomático. Nada de esto es nuevo. El tema es que la llegada a esos espacios habitualmente no está planificada, pero es bueno que los estudiantes sepan que no son sólo hobbies posibles o paliativos laborales sino posibilidades de intervención profesional rentada. En Argentina hay más de 210 museos que pueden ser catalogados como “históricos”, entre nacionales, provinciales, municipales y privados². Más allá de que las vías para entrar en ellos no sean muy claras, no suelen ser visua-

² De acuerdo a un relevamiento interno que realizamos en el Museo Nacional del Cabildo de Buenos Aires.

lizados como una salida laboral posible, a pesar de que todos ellos requerirían contar al menos con un historiador para los guiones y las investigaciones (pagan sueldos bajos y cuentan con recursos magros, pero aun así son puestos de trabajo). La alternativa de obtener tales posiciones requiere ciertas técnicas que habitualmente se aprenden en la práctica —algo que tiene un costo alto— pero que podrían enseñarse previamente.

Entonces, hay dos razones fuertes para sugerir a las carreras de historia que incorporen a la divulgación como un tercer perfil profesional. Una es la de la utilidad social: cómo difundir los aportes de los ámbitos científicos fuera de ellos y también cómo poder dar respuesta a las demandas de historia no provenientes del propio mundo académico (no existe tal cosa como los requerimientos de “la sociedad” ya que ésta por definición se encuentra dividida y hay intereses muy diversos, pero sí es interesante sumar algo de esas agendas a las producidas internamente por la historiografía profesional). La otra razón es más pragmática: cómo preparar técnicamente a los egresados para desempeñarse en distintas facetas de la profesión.

Y hay todavía una tercera, de carácter epistemológico: el ejercicio de la divulgación lleva a miradas grandes, a la necesidad de leer a colegas y es un buen estímulo para repensar las narrativas académicas. Tiene componentes de antídoto contra los peligros de la hiper-especialización, uno de los males disciplinares. La divulgación contribuye a la síntesis y a volver a perspectivas generales, tan necesarias, integrando las miradas muy atomizadas, de cuidadosa ejecución empírica según las reglas del campo, en relatos más amplios y fructíferos.

La preocupación por la divulgación en el campo profesional ha aumentado notablemente en los últimos años³. Pero aún hay mucho para

³ Junto a Ezequiel Adamovsky y un equipo dictamos en 2013 una materia optativa en la carrera de historia de la UBA llamada “La divulgación histórica: reflexiones y prácticas desde el oficio del historiador”, que adaptamos como taller en la carrera de historia de la Universidad de La Plata en 2014. En la Universidad de General Sarmiento Javier Trimboli ha estado a cargo de un seminario sobre el mismo tema. La carrera de historia de la Universidad de San Martín ha incluido una materia sobre divulgación en su plan de estudios. Y hay otros acercamientos. Me ha tocado en los últimos años dar charlas sobre la relación entre divulgación e historiografía académica en distintas universidades del país y en todas noté un interés grande en el tema. El mismo hecho de incluir la temática en este *dossier* muestra el nuevo lugar que ocupa en las preocupaciones profesionales.

hacer en la formación. En mi opinión, para lograrla se necesitan dos medidas simultáneas. Una es promover un cambio cultural en la disciplina y la otra es brindar una capacitación “técnica”.

Empiezo por el primero, que es el más complicado. Me parece fundamental poner en evidencia la existencia de jerarquías profesionales no dichas —ser investigador es considerado mucho más relevante que ser docente o divulgador— que conspiran contra una valorización de las tareas de transferencia. Podemos decir abiertamente que hacer divulgación es algo deseable y meritorio, pero mostrar por otro lado que en realidad lo mejor es triunfar en la investigación, ser invitados por universidades extranjeras, escribir en revistas prestigiosas, ser respetados sobre todo por los pares, etc. Claro que todo esto es muy atractivo y por supuesto no llamo a dejarlo de lado, pero sí sería bueno explicitar la existencia de esa valorización y buscar agregarle que *también* es relevante realizar actividades de transferencia, que deben ser consideradas un aspecto destacado de la disciplina.

Se trata de promover que quienes investigan también se preocupen por divulgar sus aportes, como parte importante de los objetivos de la investigación. No de convertir tal cosa en un mandato, que generaría resistencias (y además puede haber profesionales que realmente no estén interesados en transferir o que trabajan temas de complicada divulgación), pero sí generar una conciencia general sobre la importancia de la tarea. Esto implica contrariar otra vez algunas jerarquías implícitas. Por ejemplo, hace unos pocos años el CONICET empezó a otorgar puntos por actividades de transferencia y en los informes los investigadores tienen un casillero para detallar su producción en ese rubro. Fue indudablemente un gran avance. Pero a la vez la especialización ha llevado en CONICET, y en todo el mundo académico, a ubicar a los artículos con referato en revistas de cierto nivel como la obra más preciada de los investigadores. Y la lógica de esas producciones, destinadas por su forma y su encuadre exclusivamente a públicos muy especializados, casi exclusivamente de colegas, es la más lejana a la de la difusión. A la vez, la divulgación, sea de temas de historia argentina o de cualquier aspecto de historia universal,

conduce a una posición “internista”, a lidiar con demandas sociales locales de contenidos. En la investigación se valora especialmente lo contrario, la proyección internacional, que tiene un lado muy positivo —evitar cerramientos y participar en otros espacios clave— pero también un correlato altamente discutible que presupone más calidad a una publicación en el exterior que a una nacional (otra vez, no es explícito, son cuestiones que se perciben por debajo). Se valora mucho más la actividad internacional que la de “cabotaje”, término que se escucha con contenido peyorativo en algunas ocasiones. Un sano equilibrio entre ambos extremos sería saludable, pero no es lo que más se promueve en el ámbito académico.

Al mismo tiempo, es deseable que existan divulgadores surgidos de la historiografía académica que no necesariamente sean a la vez investigadores. Profesionales especializados en difundir lo que otros producen sin que eso sea considerado “inferior” a lo de aquellos. Distintos historiadores, especialmente en el mundo anglosajón, han mostrado que se puede trabajar con bibliografía secundaria y realizar aportes muy sustanciales, y al mismo tiempo llegar a públicos amplios. Y tal tarea tiene una relevancia enorme hacia “afuera” pero también para el mismo mundo académico, contribuyendo a mostrar su importancia ante la sociedad que lo financia.

Respecto del entrenamiento en cómo difundir lo que se investiga, considero mejor no pretender un proyecto de máxima. Modificar el plan de estudios de cualquier carrera es una tarea de enorme complejidad, así que parece más realista procurar que se agregue, aunque sea de modo optativo, una materia, un taller o un seminario sobre la cuestión. Pero explicitando desde el principio de una carrera que también se intenta formar esa tercera rama disciplinar, la de la divulgación, se pueden trabajar algunos aspectos “técnicos” a lo largo de las diferentes materias que el estudiantado va cursando. Y eso sí sería un cambio. Finalmente, uno no aprende a investigar historia a través de clases de metodología —aunque puedan ser útiles— sino leyendo los trabajos de buenos historiadores. Leer divulgación de calidad en una carrera, autores como Orlando Figes, Tristram Hunt o Barry Strauss entre muchos otros, sería ya un gran avance.

En mi opinión, la formación para divulgar debe centrarse en valorar la forma y no sólo el contenido. Lo que transmitimos, y cómo lo funda-

mos —el andamiaje empírico y bibliográfico—, importa tanto como de qué modo lo transmitimos. A diferencia de la enseñanza, la divulgación no está institucionalizada, no tiene un público encuadrado, sino que compete con productos que no son historiográficos. Y por lo tanto una de sus premisas básicas es buscar modos de entretener mientras comunica contenidos. Hay que atraer a los lectores, oyentes o espectadores.

Para tal cosa es necesario separarse de la tradición reciente de la historiografía académica en Argentina. Puede decirse que su vuelco hacia las ciencias sociales desde los años 60, pero sobre todo en los 80, su intención de interactuar con ellas y de ser tratada con la misma respetabilidad en el marco del predominio mundial de la historia social y sus explicaciones con fuerte impronta estructural, todo condujo a una mayor lejanía respecto de otra pariente cercana: la literatura⁴. La mayoría de los libros más importantes de la historiografía post-dictadura fueron organizados en clave temática y no cronológica (dentro del período recortado por la investigación). Ambos formatos son válidos, pero la narración más clásica, que sigue un desarrollo temporal, es más amable para los lectores no iniciados en la disciplina. Sólo recientemente este tipo de relato pudo retornar al campo académico con legitimidad, sin recibir sospechas de arcaísmo o poca rigurosidad. Ese giro es una buena noticia para los lectores de historia.

Reforzar los vínculos con la literatura me parece un modo fundamental de adiestrarse para la divulgación: leer ficción y observar sus estrategias narrativas, tener en cuenta los dispositivos del ensayo, atender a las formas más nuevas de guion —como los que utilizan las series televisivas contemporáneas—. Es bueno incorporar textos de ese tipo junto con la bibliografía académica que se brinda a los estudiantes. Un recurso como el *teaser*, anticipar una escena del interior de la trama como disparador, se utiliza mucho

⁴ Es interesante ver cómo la carrera de historia de la UBA, cuyo plan de estudio se renovó en 1985 y fue influyente en otras universidades, estuvo muy marcada por el paradigma de la historia social —justo cuando empezaba a entrar en crisis en EE.UU. y Europa—: la primera materia no es “historia general” sino “historia *social* general” y las “auxiliares” sociología, economía, geografía y antropología. Es muy posible que de haberse realizado el plan pocos años más tarde filosofía y lingüística habrían disputado un lugar en ese cuarteto, y tal vez no se iniciaba la carrera con una historia social.

en cine pero ha sido usado con éxito en la divulgación, ya que permite captar la atención desde el principio. Es particularmente importante entrenar la escritura, dado que todas las formas de divulgación histórica, incluso las audiovisuales, suelen principiar con un texto. Para eso lo más adecuado es impulsar a los estudiantes a practicar distintos estilos, desde las formas académicas hasta el periodismo y la ficción, así como adoptar ejercicios de talleres literarios u otros especialistas en ese rubro.

Considero que la divulgación eficaz no es aquella que elimina las trazas del texto académico sino la que consigue un tono literario. A un buen texto historiográfico producido con la lógica del *paper* se le pueden quitar las notas al pie, pero será su modo de narrar lo que aleje al lector no iniciado (de hecho, muchos libros de divulgación que fueron exitosos tienen notas). Trabajar en que los estudiantes aprendan a valorar la escritura tanto como la evidencia, que hagan un esfuerzo para buscar un estilo de escritura —sé que algunas universidades tienen talleres y esta preocupación en el horizonte— me parece uno de los cambios fundamentales para formar divulgadores. Y repercutirá positivamente en la narrativa académica, que a veces es demasiado áspera. Un texto no es menos “científico” por tener una lectura más agradable. Pero no parece conveniente dejar librado al talento de cada uno la calidad de la escritura; es mejor educarla.

Otro trabajo importante es concientizar el lenguaje, poder diferenciar cuándo se utiliza jerga profesional, a veces necesaria, de cuando es importante no hacerlo. Si decimos *ad hoc* o *ipso facto* no siempre nos comprenderán, si hablamos de algo “hegemónico” o “estructural” no va de suyo que nuestros posibles lectores sabrán a qué nos referimos. Lo mismo ocurre cuando referimos a un acontecimiento obvio para historiadores pero que no tiene por qué serlo para quienes no lo son. Si se habla de “las abdicaciones de Bayona”, “la Guerra de los seis días” o la “revolución cubana”, no podemos estar seguros que todos sepan de qué estamos hablando y es mejor decir algunas palabras que describan el suceso aludido. No me exployo más sobre el tema porque ya escribí acerca de él en otro artículo, al que remito⁵.

⁵ GABRIEL DI MEGLIO, “Wolf, el lobo. Reflexiones y propuestas sobre la relación entre producción académica y divulgación histórica”, *Nuevo Topo. Revista de historia y pensamiento crítico*, n° 8, 2011 (hay versiones disponibles en internet).

Más allá de la escritura, me parece muy importante pensar en otras formas de intervención, aunque no entrenarlas todas. Sería demasiado pedirle a un historiador que sepa cómo encuadrar con una cámara, como iluminar un set o manejar los micrófonos corbateros y la caña del sonidista. Sí es necesario dejarle en claro que no alcanza con que un producto audiovisual tenga contenidos atractivos para que sea un buen producto. Si la luz es deficiente, si se escucha mal, si hay un espacio vacío innecesario sobre la cabeza de un entrevistado, todo eso cuenta tanto como el contenido. Lo que se debe aprender para la divulgación audiovisual es que es forzosamente interdisciplinaria para poder ser eficaz. Lo mismo es válido para la radio, para crear un video juego, para trabajar en un museo —las posibilidades de exhibir patrimonio y los modos de hacerlo, o el diseño museográfico, son temáticas complejas— y para cualquier ámbito específico. Lo importante, insisto, es valorar la forma de transmitir, ponerla como prioridad.

Una divulgación realizada desde el mundo académico debe ser rigurosa pero tiene habilitado plantearse preguntas que en aquel se hacen poco: ¿puede combinarse los “verdadero” que surge de las fuentes con elementos verosímiles no documentados para completar un relato? ¿Es legítimo utilizar el maniqueísmo, tan facilista y tan empático para muchos consumidores de historia, pero que conduce a una mirada a veces fallida? ¿Es posible usar anacronismos para brindar explicaciones contundentes (por ejemplo cuando la película *Walker*, de Alex Cox, incluía en una trama sobre el siglo XIX en Nicaragua elementos de la década de 1980, como una gaseosa o un automóvil, buscando emparentar a las intervenciones estadounidenses del pasado con su moderno apoyo a los contras para derribar al sandinismo)? ¿Es válido hacer juicios de valor sobre el pasado? (la historiografía académica los tiene pero no los declara explícitamente). ¿Qué se debe hacer con los mitos, intentar extirparlos, o mejor disputar su sentido? ¿Se puede utilizar como respuesta la muletilla “es más complejo”, o la frase debe ser seguida, como creo, por una explicación de *qué* es lo más complejo? ¿Es preferible difundir solamente los resultados de una investigación, como se suele hacer en la divulgación, o conviene tra-

tar de mostrar también el procedimiento, cómo se llegó a esas conclusiones? (algo que me parece potencialmente muy provechoso). Todas estas inquietudes tendrán diversas respuestas de acuerdo al posicionamiento de cada historiador que encare una actividad de divulgación. Lo que considero clave en la formación es clarificar que es fundamental tenerlas en cuenta. Y también es muy importante definir siempre *a priori* a qué público se destina el esfuerzo de transferencia, porque eso implica distintas maneras de divulgar.

A modo de cierre quiero referirme a un ejemplo en el que me tocó participar. En 2009 integré el equipo que creó el personaje Zamba, ante un encargo de Canal Encuentro para hacer un programa infantil con motivo del bicentenario de la Revolución de Mayo⁶. Me mantuve en el proyecto de *La asombrosa excursión de Zamba* hasta 2012 y pude presenciar el éxito de su objetivo inicial: hacer un programa de historia que fuera atractivo para chicos de los primeros años de la primaria, buscar que se interesasen por la historia. ¿Cómo lo logró? Creo que fue decisivo apelar al humor, utilizar buenas canciones para contribuir a la transmisión de contenidos, y sobre todo respetar las reglas del género, las del dibujito animado. Los chicos saben ver dibujitos antes que leer y se apeló a ese lenguaje. Pero también se emplearon modos que no usaríamos en otros formatos: el maniqueísmo (en los dibujitos siempre hay un “malo”), la exageración de los rasgos de los héroes (Castelli como fanfarrón, Moreno como un duro militante universitario de la actualidad, Paso como aburrido, San Martín como un superhéroe, con capa y todo), el anacronismo (un chico que viaja al pasado, algo obviamente imposible, y que lleva elementos del presente). El producto buscó generar atracción hacia un programa de televisión, no enseñar historia sin más. No es un material didáctico y no sirve para eso salvo que los docentes lo usen como un soporte sobre el cual trabajar. Su llegada a las aulas dividió aguas entre quienes lo apreciaron mucho por la buena recepción de los alumnos y los que criticaron algunos de los rasgos recién expuestos, u otros como el lugar

⁶ En el equipo creador estaban también Fernando Salem como co-guionista y director, Sebastián Mignogna como director y productor general, Nicolás Dardano como ilustrador, Silvina Szejnblum en los aspectos educativos y varios más. Un verdadero trabajo interdisciplinario.

de chico rebelde de Zamba (algo tomado de la mejor tradición del dibujito animado) y el viejo estereotipo de la maestra (esta una crítica atinada que buscó cambiarse luego). Todo dio lugar un provechoso debate sobre un producto de divulgación⁷.

¿Para qué sirve el ejemplo de Zamba? Quienes realizamos actividades de divulgación desde la historiografía académica intentamos elaborar productos que funcionen. A veces lo logramos y otra no. Más allá de si a alguien le gusta *La asombrosa excursión de Zamba* o no, fue indudablemente eficaz y permite tener en cuenta varias cosas: una elección de forma —el dibujito animado— condicionada por el público al que se le pretendía hablar; un tono llano para chicos que buscó de todos modos transmitir contenidos históricos actualizados (por caso, no atribuyendo intenciones independentistas a la Revolución de Mayo); un respeto por las reglas del género, y un cuidado estético a pesar del poco presupuesto. Por supuesto que pudo hacerse gracias a la existencia de dos canales públicos que lograron una destacada difusión y muy buen nivel de producciones, sin esa plataforma invaluable el proyecto seguramente habría naufragado. Pero de cualquier modo los aciertos y errores de Zamba sirven para testear las posibilidades de la transferencia.

El interés por la divulgación es cada vez mayor en los ámbitos académicos. Y ya es momento de aumentar las acciones para convertirla definitivamente en una tercera rama de la historia que se enseña y aprende en nuestras universidades. A eso quiere contribuir este breve y modesto ensayo. Hay mucho por hacer allá afuera.

⁷ Hubo luego un debate menos rico que puso a Zamba en medio de una disputa partidaria bastante absurda. Y apelando a un micro que agregaron en 2014 llamado “quiero mi monumento”, que podía ser considerado demasiado maniqueo, se criticó el proyecto entero, incluso por parte de políticos y periodistas que confesaron no haber visto más que eso. El todo por la parte...